



El escéptico griego Arcesilao reforzaba el famoso soliloquio de que nada se sabe, añadiendo que ni siquiera eso sabía. A nuestro ver, quienes dicen más vivamente presente lo de saber hanlo poco con las conjeturas de literatura. Vauguenes decía que Molière escribía muy mal y Sainte-Beuve alabó magistralmente a una serie de literatos que desaparecieron en el olvido total. (De estos dos ejemplos de vera agnosia, los escritores deberían sacar la moraleja de que hay que aspirar a ser negados por la crítica...).

Y bien, nosotros habíamos oído hablar del autor del libro que nos ocupará (1) como uno de los más brillantes literatos de las nuevas generaciones, y no falta quien lo estime el primero, por sobre Blanco, Lafourcade y algún otro. Si nombra obra "Coronación" no la hemos leído, por cuanto apareció en los tiempos en que, no escribiendo sobre literatura, apenas lo conocíamos. Leímos "El libro chileno". Cuando nos entregaron "Este Domingo", lo miramos con curiosidad, apretándonos para su nocturna lectura y para despejar la incógnita que aún mantenía el autor para nosotros. Hemos ido anotando como de cosquillas las impresiones que esa lectura iba ofreciendo y seguimos por el mismo orden.

Lo primero que aparece ante los ojos —el, ante los ojos, no ante la mente— es el inevitable, reglamentario, canónico "aparte" en cursiva o bastardilla. Pensando que pudiera tratarse de algún preámbulo solemne, trabajamos todo el libro y vemos que no: es el ya tradicional y "artístico" aparte de toda novela chilena que se respeta. Bueno (por qué la cursiva? Parece que es porque el autor en ella adopta el orden autobiográfico o memorialista, en tanto en la grafía corriente usa el de novelista. Para decir verdad, no hemos logrado hallar real justificación del aparte gráfico, ya que en el texto el autor también usa "auto" soliloquio insertos a su vez en la cursiva aparece la mera narración. Queremos anotar que no invalidamos este recurso gráfico a bullo y creemos que su significación es grande cuando se trata de remarcar interludios retro o intropectivos, o de conlugar en el libro alguna acción paralela. Pero hemos observado que los autores chilenos, con excepciones por supuesto y excusadas, lo usan como mero expediente para impresionar al lector o, aún, como mero "salida" cuando cae va pas, cuando, simplemente, hemos quedado atascados. No sería el caso presente, ya que Donoso los coloca a comienzo y final de capítulos.

tulo, pero en sí mismos no los vemos aquí necesarios, puesto que, en el hecho, es un relato cerrado de un determinado suceso en una determinada época de los personajes.

Ahora diremos que el libro de José Donoso nos ha asombrado y por esto: creemos que de cierto y de algún modo específico era el un escritor serio, que despuntaba decididamente en la nueva literatura, y ocurre que estamos ante un libro cuya estructura parcelar y en bloques es una más de las que existen casi todas las novelas de hoy, y cuyo estilo es del todo ajeno al que han adoptado los escritores jóvenes, y no tan jóvenes, expresión de ese estilo, mejor, demostración precisa de él la hallamos en los dos o tres últimos libros de Lafourcade: el estilo que llamaríamos de retahíla, y que se apoya en tres recursos principales: transposición de personas, transposición de tiempos, transposición de acciones; para obtener sin más, se utiliza el menoscabo de la sintaxis, montando frases heterogéneas sin puntuación.

Si tomamos un trozo de esta novela y abrimos cualquier libro de los novelistas actuales, podremos comprobar, maravillosamente, la completa semejanza; transcribimos de la pág. 142 uno típico. "Entonces se detuvo... (.) hasta sus rodillas y hundió en ellas su rostro y ella se sintió incómoda con ese hombre que lloraba, que quería abrazarla y la Fanny se reía y quién sabe qué le diría, se reía, pero no importaba porque Maya está libre y está llorando y nadie le ha dado jamás lo que yo acabo de darle, es como si naciera de nuevo, y él se da cuenta y no puedo dejar de tocarlo, sí, la cabeza de cordas negras y el cuello, y siento terriblemente dura y terriblemente fuerte la piel áspera y caliente de esta mano tan pequeñas, precisando la suya en la falda, sí, sí, qué importa la Fanny, qué importa nada, acariciando la cabeza de ese hombre que llora en su falda". Esta manera la hallaremos en cualquiera otra novela de hoy; por razones de aislamiento no tenemos a mano una de ellas para probar físicamente esta especie de hermandad estilística. Puede verse que si no se ha suprimido aquí del todo la puntuación es porque se nos estaba poniendo ante la vista lisa y llanamente el monólogo final del "Ulises" de James Joyce. Entre paréntesis. Topándonos con esta modalidad

una vez y otra, es interesante reflexionar sobre el estilo usado por ciertos antiguos literatos españoles. Eran larguissimas parrufadas. Por otra parte y descontado el asunto de la puntuación, ¿cuál sería la diferencia trascendental entre la escritura creada por James Joyce en su célebre monólogo y la frase larga y ondulante de páginas enteras, de la obra de Marcel Proust? ¿Acaso sea que esta última es subjetiva y literaria y la otra volandera y literal? Llegar a saberlo...

Toda época, por obvias razones de contemporaneidad y comunidad, muestra su



JOSE DONOSO

mejanzas, relaciones profundas, tendencias correspondientes. Ello de ningún modo quiere decir que desaparezca la individuación, la voz personal, el acento exclusivo. Mas, al paso que vamos, el estilo entre nosotros deja de ser el hombre y pasa a ser la producción en serie. En seguida, los diálogos de los gentes de la clase alta son en estas novelas de una uniformidad tal que si los intercambiáramos de unos libros a otros las cosas apenas se alterarían. Y he aquí lo tremendo: antes, cuando el escritor debía consumir hasta la saciedad los diálogos sin variantes de las clases proletarias. Parece que entonces se trataba de ensartar y salvar a los de abajo; hoy se trata de rebajar y anonadar a los de arriba (claro que en ambos casos se podría decir, con más propiedad que nunca, que es por la literatura: los de abajo siguen tan abajo como arriba los de arriba). Con todo, que los diálogos de la clase proletaria fuesen paupérrimos, al fin podía tomarse como el reflejo de una realidad inevitable: el expresarse tiene una relación directa con la cul-

tura de que se dispone. Así, entonces, santo cielo, ¿de qué cultura disponen las clases en las que dos de cada tres son bachilleres, a lo menos? Dejamos entendido que no estamos exigiendo parlamentos de poetas, sabios o eruditos, pero algo que tenga enjundia!

Es de cierta justicia aquí decir claramente que existe una corriente entre las jóvenes generaciones, extraordinariamente valiosa, y cuyo representante más genuino lo hallamos en Mauricio Wacquez. También Guillermo Blanco y... ciertos extrínsecos pasajes de Edoardo Alvarado.

Antes de abordar el tema mismo de esta novela, aludimos a la embocadura que en ella aparece, llamada Violencia y que, tomada en su juventud, da origen a la escena que en el libro se salva: su "enseñanza" sexual al joven de la casa, en el baño. Escena de comienzo agudamente atractiva, pero que alargada a la página siguiente se desdibuja.

El tema central, no obstante que Donoso lo desarrolla con visible laboriosidad, peca de lo que puede denominarse, así sea paradoja, un realismo desrealizado. Sintetizándolo en breves palabras: una mujer, una dama de la sociedad, se enamora hasta la catástrofe de un "rolo", pero no de uno de esos magníficos que suelen andar por ahí —poco abundantes, cierto, en un país donde sólo como bien un tercio de la población— no, no de esos, decimos, sino de uno que amén de ser nada bullo, tiene un repugnante lunar en el labio y es un perfecto delincuente... Parece como mucho. El hombre no posee otra originalidad que unos ataques de carácter epileptico que suelen visitarlo. Si agregamos que es gran borracho, volvemos a pensar sin poder evitarlo: parece mucho. Debe advertirse que la señora, que ya es alcohólica, había fracasado en su matrimonio al mes de hecho, porque el marido la tomaba como se toma a cualquiera, lo cual denotaría en ella una sensibilidad poco compatible con este amor otoñal, o invernal, hacia un hombre que no posee lo único que en las atracciones sexuales puede excitar el no del resto: el atractivo físico. Porque el autor se esmera en recargarlo, y así como remate, el joven cartelario usa el llamado jopo, tipo de vaselina. Este hombre entra además en amores con una vieja sirvienta hídrica y varonosa, a la que finalmente elimina de modo atroz, esto mien-

tras la asma, perdida de amor, buscándolo, está haciendo un recorrido nocturno por una población callampa, con los pies heridos por tener que quitarse los zapatos, perseguida por muchachos protervos, hasta dar con su cuerpo en un basural viscoso donde queda sin sentido.

Todo esto, para nosotros, tiene un nombre: trauclencia.

Pero es necesario que reflexionemos un poco. Nadie tan proclive a los temas fuertes, a la escena límite, como los rusos finiseculares, en especial aquel a quien —opinión particular— creemos que puede llamarse trauclentista primer novelista del siglo: Dostoyevsky. ¿Por qué, pese al contenido terrible de aquellos libros sólo pensamos en el nombre drama y no surge la idea de trauclencia? A nuestro juicio, porque esos autores eran ante todo y fundamentalmente artistas.

Esa es la carencia que poseemos, por lo menos a través de esta obra, en José Donoso: la del arte. El escribe, redacta como el faust, pero carece de un estilo personal; concibe sobre la realidad bien observada, pero la toma hasta que, deformada, se quiebra; traslada a la letra el lenguaje de la sociedad, pero éste suena impostado. Observando todo esto puede empujarse a modificar interminablemente sobre la realidad en literatura. Donoso y otros autores parecen seguir la creencia de que la realidad es cuestión de trasladar "tal cual"; inclusive hay escenas familiares en que una creación que las imitaban taquígraficamente. Y pues, la escena de todos modos sale "hucha", los personajes y diálogos resultan envarados. Oportúndose a este fenómeno tenemos su contrario: cenas, diálogos y argumentos del todo irrealizados que subyugan la atención por su realismo. Ejemplos, y bien dispares: (Hay realidad más inolvidable que la de "El gran Meaulnot"? Hay realidad más "real" que la de "Un yanqui en la corte del rey Arturo"? ¿Y la del enano de "El Tambor" de G. G. Grues? ¿Y "Alicia en el País de las Maravillas"? Históricas...)

¿Qué es el arte?... Si más de una vez hemos aludido al misterio del don poético, leyendo este libro nos quedamos pensando que el don de la prosa novelística es tan enigmático como aquí.

Corresponde en el presente comentario añadir una circunstancia en la que también se ha apoyado nuestro juicio: si éste fuese el libro de alguien muy joven representaría sin duda buenos méritos; pero José Donoso, según la solapa, cuenta con

(FANSA A LA VUELTA)

Un novelista nacional [artículo] M. C. G.

Libros y documentos

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un novelista nacional [artículo] M. C. G. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile